

Gothikana

○ RuNyx ○

SIREN  BOOKS

Gothikana

RUNYX

Traducción de
Andrea Carnicero Sacristán

SIREN  BOOKS

Primera edición: marzo 2024

© Gothikana by RuNyx, 2021

© de la traducción: Andrea Carnicero Sacristán, 2024

© de la corrección: Patricia Rouco

© diseño de cubierta: Stephanie Hess

© diseño del mapa: Gemma Sheldrake, Rebellion Publishing Ltd.

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2024

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-127840-0-8

Depósito legal: M-2018-2024

IBIC: FMR

Impreso en España

The moral rights of the author have been asserted.

Permission to reproduce the cover design is granted by Rebellion Publishing Ltd.

Mount Verenmore map design used under licence. All rights reserved.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A todos los que sintieron que nunca encajaban
y aprendieron por las malas que no tenían por qué hacerlo.
Ser diferente es vuestra espada de doble filo.
Un día, encontraréis vuestro escudo a juego.*

Nota de la autora

Querido/a lector/a:

¡Gracias por elegir mi libro! ¡Que te interese significa mucho para mí!

Antes de que te adentres en Verenmore y en el mundo de *Gothikana*, me gustaría advertirte sobre ciertas cosas que se mencionan en la obra. Si estas perjudican de alguna manera a tu salud mental, te recomiendo que hagas una pausa y te replantees su lectura.

Este libro tiene contenido sexual explícito recomendado solo para mayores de dieciocho años y menciona e incluye escenas de suicidio, asesinato y muerte, referencias de enfermedades mentales y negligencia parental, y alusiones a agresiones sexuales, así como a sacrificios humanos. También hay un misterioso héroe de moral ambigua que te frustrará sin cesar porque apenas aparece su punto de vista y mi intención es que sientas hacia él lo mismo que la protagonista: confusión, frustración, desconfianza y lujuria.

Gothikana es bastante diferente a todo lo que he escrito hasta ahora, pero también es la historia que llevo más cerca del corazón. Verenmore es increíblemente especial para mí, con personajes, sucesos y lugares, todos ellos inspirados en algunos hechos reales de mi propia vida.

Si decides leerlo y emprender este viaje conmigo, espero que lo disfrutes.

Gracias.

«Y entonces abrí de par en par la puerta:
oscuridad, y nada más».

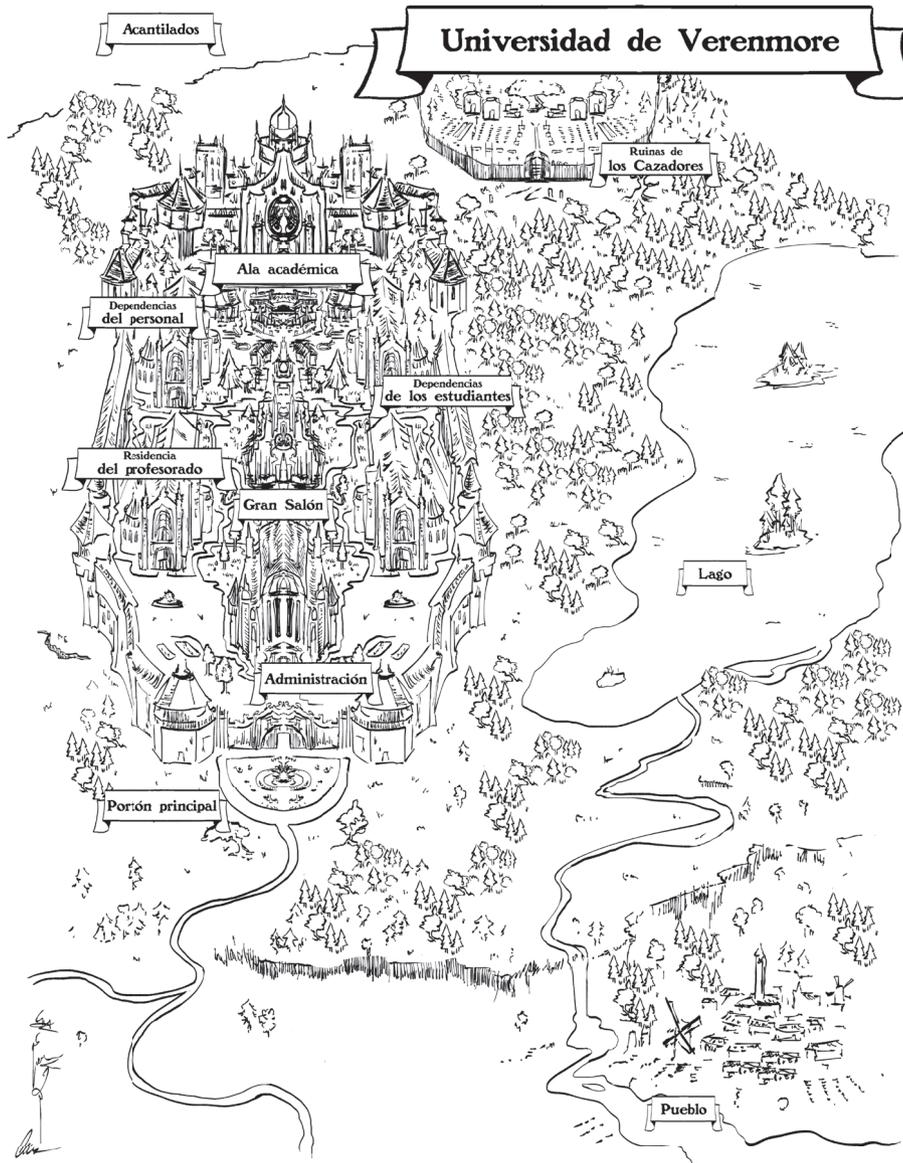
El cuervo, EDGAR ALLAN POE

«No dejaré que te adentres sola en lo desconocido».

Drácula

MONTE VERENMORE

Universidad de Verenmore





DONDE TODO EMPEZÓ

Vad

No había nada más aterrador que una anciana ciega con los ojos blancos de repente te agarrara del brazo una noche de luna llena.

La vieja Zelda había sido la cuidadora del orfanato en la que ahora vivía el pequeño Vad con otros niños. Pero después de quedarse ciega, los administradores dejaron que se quedara, lo que Vad opinaba que había sido un error. Porque sabía cosas, cosas que no debería saber, cosas sobre los niños a los que ni siquiera podía ver. Había sabido que Reed se ahogaría en el estanque una semana antes de que pasara. Sabía lo de Tor y la quemazón que sentía debajo de la piel, algo que él nunca le había contado a nadie. Y le dijo que su mejor amigo «comería llamas» algún día, lo que fuera que significara eso, y a Fury le daban pánico los incendios.

La vieja Zelda daba mucho miedo. Y Vad la evitaba siempre que podía.

Por eso, que lo pillara en el pequeño jardín la noche del cumpleaños de uno de los chicos delante de los demás no era algo que él hubiera deseado.

Su frágil y rugosa mano le agarró el delgado brazo con sorprendente fuerza.

—A un castillo al que nadie va —dijo con voz temblorosa, el rostro muy arrugado y mirando inquietantemente con sus ojos blancos a Vad— irás, muchacho.

Fury se rio a su lado.

—¿Por qué iría a un castillo, Zelda?

¿Dónde iba a encontrar uno? Todos ellos eran unos muertos de hambre.

—Encontrará muchas cosas —habló la vieja Zelda por encima de su amigo—. Ojos violetas. Encontrarás ojos violetas.

Ajax, otro chico de la misma edad que Vad, soltó una carcajada.

—¿Ojos violetas? Nadie tiene los ojos violetas, Zelda. Bueno, tal vez un bicho raro.

—Quizá también encuentre un hombre con tres piernas —gritó otro chico, soltando una risita tonta.

—O una chica con dos cuernos —dijo otro.

Vad se sonrojó intensamente, su yo de siete años se enfadó con la vieja Zelda por acorralarlo así y decir cosas raras sobre él de las que se burlaban sus amigos.

En medio de las risas a su costa, Zelda le apretó el brazo con más fuerza.

—No lo olvides, muchacho. Es una cuestión de muchas muertes.



UNOS AÑOS MÁS TARDE

Corvina

Negro.

Era la ausencia de color, el guardián de la oscuridad, el abismo de lo desconocido.

Estaba en su pelo, en la ropa de su madre, en el inmenso cielo que los rodeaba.

Le encantaba el negro.

Los niños del pueblo lo temían, desde las sombras debajo de sus camas hasta la noche interminable que los cubría durante horas. Sus padres les habían enseñado a tenerle un poco de miedo. También les habían enseñado a tener miedo de su madre, la extraña señora de ojos raros que vivía a las afueras del pueblo, cerca del bosque. Algunos murmuraban que era una bruja que practicaba magia negra. Otros decían que era un bicho raro.

La pequeña Corvina había oído todos los rumores, pero sabía que eran falsos. Su madre no era una bruja ni un bicho raro. Su madre era su madre. Simplemente no le gustaba la gente. A Corvina tampoco, pero es que la mayoría de la gente del pueblo no era muy simpática.

Justo el día anterior había visto a una niña de su edad lanzarle guijarros al cuervo que intentaba encontrar unas ramitas en el suelo para su nido. Corvina lo sabía porque lo conocía. No había muchos en ese

bosque, pero los que se quedaban la conocían a ella, y también a su mamá. Y no tenía nada que ver con la brujería.

Desde que tenía uso de razón, su madre la llevaba todas las mañanas a un claro situado a pocos minutos de su cabaña para darles de comer. En uno de esos días buenos en los que hablaba, su madre le contó que eran criaturas inteligentes y leales con los espíritus de sus antepasados, y que las vigilaban desde el cielo durante el día, igual que hacían las estrellas por la noche.

Y ambas necesitaban protectores.

Su madre no hablaba mucho, pero oía voces, voces que le decían cosas. Le dijeron que no hablara con la gente, que educara a Corvina en casa después de aquel incidente en la escuela, que la mantuviera alejada de todo el mundo. Su mamá le explicó que no podía caminar por ahí o se la llevarían. No podía separarse de su lado en el pueblo o se la llevarían. No podía hablar con nadie o se la llevarían.

Corvina no quería irse.

Quería a su mamá. Su mamá, que olía a salvia, hierba fresca e incienso. Su mamá, que cultivaba sus propias verduras y le cocinaba comida deliciosa. Su mamá, que la llevaba al pueblo una vez al mes, aunque ella lo odiara, para sacar todos los libros que quisiera de la biblioteca. La mayoría de los días no hablaba, a menos que le estuviera enseñando algo o susurrando a las voces. Corvina tampoco hablaba mucho. Pero ella sabía que la quería. Así era su madre.

Mientras caminaba a su lado hacia el claro con sus pequeños pies bajo el cielo iluminado por la luna —una rara luna de tinta que ocurría una vez cada cinco años, una luna de tinta bajo la que había nacido—, sonrió. Su mamá estaba feliz después de mucho tiempo y eso la ponía muy contenta. Con las velas y las varitas de incienso que su madre había hecho, las cartas del tarot que le estaba enseñando a leer y los cristales que iban a recargar, la Corvina de diez años contempló la oscuridad a su alrededor y se sintió como en casa.

Si su madre era un bicho raro, quizá ella también lo era.

Después de todo, ella a veces también oía las voces.



CAPÍTULO 1

Corvina

Corvina nunca había oído hablar de la Universidad de Verenmore. Pero tampoco es que hubiera oído hablar de la mayoría de las cosas normales, no con la educación que había tenido. Sin embargo, nadie más había oído hablar de ella.

Sosteniendo en sus manos la carta que había recibido unas semanas antes, escrita con tinta sobre un papel grueso y amarronado que olía como lo hacían los viejos y queridos libros, volvió a leerla detenidamente.

Querida Srta. Clemm:

La Universidad de Verenmore se complace en extenderle nuestra oferta de admisión. Durante más de un siglo, hemos reclutado a estudiantes con antecedentes especiales para que asistan a nuestra estimada institución. Su nombre nos fue remitido por el centro psiquiátrico Morning Star. Nos gustaría ofrecerle una beca completa para nuestro grado asociado en Verenmore. Este título le dará acceso a algunos círculos exclusivos en el futuro y le abrirá muchas puertas en el mundo. Creemos que, con su expediente académico y su historia personal, encajaría bien en nuestra institución.

Aunque entendemos que este ha de ser un momento difícil para usted, debe tomar una decisión. Para más información, le rogamos que reenvíe esta carta a la dirección adjunta. Si no recibimos ninguna respuesta por su parte en un plazo de sesenta días, lamentablemente rescindiremos la oferta.

Esperamos recibir noticias tuyas.

Un cordial saludo,
Kaylin Cross,
especialista en reclutamiento,
Universidad de Verenmore

Corvina nunca había recibido una carta, y mucho menos una tan extraña como esa.

Y era muy extraña.

Era una chica de veintiún años que había sido educada en casa y había estado recluida toda su vida por su madre. ¿Por qué iba a querer una universidad a una estudiante que había superado con creces la mayoría de edad y que no había tenido nada parecido a una escolarización convencional? ¿Y quién seguía enviando cartas escritas a mano?

Lo extraño era que nadie conocía la universidad. Había intentado averiguar algo al respecto, preguntando al médico jefe del centro o utilizando el ordenador de la biblioteca municipal, pero nadie sabía nada. Verenmore no existía en ninguna parte excepto en el mapa, un punto diminuto, un pequeño pueblo en el valle del monte con el mismo nombre. Eso era todo.

La universidad se encontraba en algún lugar de la montaña en el que normalmente no se permitía la entrada a civiles. Y lo sabía porque su taxista, un hombre muy amable llamado Larry, acababa de decírselo mientras se dirigían montaña arriba.

—No hay muchos paisanos por aquí que suban *má* a ese castillo.
—Larry continuó con su aluvión de información, conduciendo el pequeño coche negro por la carretera ligeramente inclinada.

Corvina se había topado con él cuando salió de la estación. Le había llevado dos trenes, uno desde Ashburn y otro desde Tenebrae, y más de doce horas llegar a Verenmore. Larry se sorprendió cuando ella le indicó su destino en la montaña, hasta el punto de que se había santiaguado antes de arrancar el coche.

—¿Y por qué? —preguntó Corvina, observando cómo el pequeño pueblo se empequeñecía en la distancia y desaparecía tras un verde exuberante que no la dejaba ver. No estaba acostumbrada a hablar con nadie, pero necesitaba saber todo lo posible sobre la universidad a la que había aceptado ir. No es que tuviera nada mejor que hacer.

Vivir en la pequeña cabaña en la que había crecido, haciendo joyas y velas y leyendo las cartas para ganarse la vida, se había convertido en algo monótono, sobre todo cuando todos en el pueblo —excepto el viejo bibliotecario— solo la habían tratado con desconfianza. La carta de aceptación había llegado como una señal del universo, y su madre le había dicho que nunca debía ignorarlas. Corvina siempre había querido experimentar cómo era ir a un colegio por los matices sociales, estudiar con otras personas a su alrededor y aprender más sobre gente que no sabían nada de ella. Una pizarra en blanco para escribir lo que quisiera, como quisiera. Era contradictorio, ya que era una persona solitaria, pero era una observadora. Siempre que tenía ocasión, le gustaba observar a la gente.

—No sé. —El conductor, ataviado con una fina chaqueta *beige*, se encogió de hombros—. Historias sobre el lugar, supongo. Dicen que el castillo *tá embrujao*.

Corvina resopló. Lo dudaba. Según su experiencia, los lugares y objetos antiguos tendían a ser calificados de esa manera con el paso del tiempo. Pero también quería mantener la mente abierta.

—¿Y lo está? —quiso saber, aún con curiosidad por conocer más sobre la misteriosa universidad—. Embrujado, quiero decir.

El conductor la miró por el retrovisor antes de volver a centrarse en la carretera.

—¿Se va a quedar en el castillo o va de visita, señorita?

—Me quedo —le dijo, mirando la carta que tenía en la mano y metiéndola en el bolso de cuero marrón que había pertenecido a su abuela. Había sido lo único que había recibido de alguien aparte de su madre.

—Yo le diría que ande alerta. —El conductor se concentró a medida que la pendiente se hacía más pronunciada—. No sé si el lugar *tá embrujao*, pero hay algo raro en él.

Después de eso reinó el silencio durante unos minutos. Corvina bajó ligeramente la ventanilla para contemplar la increíble belleza natural de la montaña. El espectáculo no se parecía a nada que hubiera visto antes. De donde ella venía, el bosque era más amarillo y el ambiente, más húmedo.

Mientras el aire frío y seco azotaba los oscuros mechones que se habían escapado de su trenza de espiga, Corvina se dejó llevar por la profundidad del vasto y oscuro paisaje verde que se extendía bajo ella, el pueblo era un pequeño claro en medio de la espesura. El aroma de la flora desconocida se filtraba por la ventanilla abierta y el cielo parecía una pálida imitación nublada de sí mismo.

La música que había estado sonando en un volumen bajo durante todo el trayecto empezó a sufrir interferencias a medida que ascendían. Corvina miró hacia el salpicadero mientras el conductor suspiraba.

—Siempre pasa lo mismo —le comentó—. La señal es peor aquí arriba.

Corvina frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo se comunica la universidad?

El conductor se encogió de hombros.

—Por lo general tienen un chico al que mandan al pueblo. *Pa* enviar cartas, usar internet y cosas así.

—¿Y este es el único camino para subir y bajar de la montaña? —Normalmente era más callada, aunque no sabía si era una tendencia natural o la falta de alguien con quien hablar. Al vivir sola en las afueras de su pequeño pueblo, Skarsdale, como una marginada, a veces había pasado varios días sin ni siquiera oír el sonido de su propia voz.

—Sí —asintió el conductor, tomando una curva.

Corvina se agarró al asidero de la parte superior de su asiento para no caerse. La primera vez que se había subido a un coche, le asaltó la claustrofobia. Siempre había ido al pueblo andando con su madre. Había visto coches, pero nunca había estado dentro de ninguno, no hasta el día en que vinieron a por ella y la metieron en uno. Afortunadamente, podía manejarla siempre y cuando sintiera que el aire circulaba en el interior.

—¿Algo más que deba saber sobre el castillo? —indagó una vez dejaron atrás la curva de la montaña.

La niebla se espesaba al otro lado del parabrisas y el aire se volvía más fresco y ligero a medida que ascendían.

El conductor vaciló y sus ojos se clavaron brevemente en los peculiares ojos violeta de ella, que había heredado de su madre, en el espejo.

—Hay rumores, señorita. No sé hasta qué punto son *verdá*.

Otra curva.

Corvina miró por la ventanilla, respiró el aire fresco y se dio cuenta de que el paisaje que había admirado hacía unos momentos había desaparecido bajo la densa niebla. Puede que a alguna gente le asustaran, pero ella siempre había encontrado consuelo en las rarezas.

Con una leve sonrisa en los labios, esperó a que el conductor trazara la curva con cuidado antes de incitarlo a continuar.

—¿Qué rumores?

—Cosas raras —respondió, con un acento más marcado—. Gente que se suicida o desaparece, y *demá*. Ahora bien, no sabemos si *to* lo que se cuenta es real. Los aldeanos solo van al castillo por trabajos temporales. *Pa* limpiar o entregar algo. Pero eso es lo que me contó mi *ma*, y su *ma* a ella. La gente allí se vuelve loca.

Aquello resultaba extrañamente específico para ser un rumor. Aunque no sabía si era cierto. La gente del pueblo podría habérselo inventado simplemente para divertirse y tener una razón para mantenerse alejada de aquel extraño lugar. Podría ser un cuento de viejas. O tal vez no. Iba a ir con la mente abierta. Sabía mejor que nadie el daño que causaban los falsos rumores.

Antes de que Corvina pudiera recordar su pasado, giraron por otra curva y, de repente, la amenazadora silueta de una enorme verja de hierro se abrió paso entre la niebla.

Con el corazón acelerado, Corvina se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos, tratando de verla mejor.

Altas.

Las puertas eran altas. Por un lado, estaban amuralladas por la montaña y, por el otro, se adentraban en el valle. No había forma de que nadie las traspasara, no sin caer al vacío. La estricta seguridad le produjo un escalofrío. O tal vez fuera el frío en el ambiente.

El conductor se detuvo y bajó la ventanilla mientras un vigilante ataviado con un uniforme marrón y con un portapapeles en la mano salía de la caseta de vigilancia que había en uno de los laterales.

—¿Nombre? —le preguntó a Corvina sin andarse con rodeos.

—Corvina Clemm —respondió en voz baja, observando al hombre.

Tenía el pelo claro, un bigote curvado en los extremos que le daba un aspecto siniestro y unos ojos marrones sorprendentemente amables para un hombre con su tono de voz. Parecía un tipo duro, pero intuía que era una buena persona por naturaleza. No estaba segura de cómo sabía aquello de la gente que conocía —su madre siempre lo había llamado fuertes instintos—, pero ver que él era su primera toma de contacto con la universidad la hizo sentirse mejor.

Vio cómo fue hojeando la lista hasta detenerse.

—¿Y con quién se reunirá, señorita Clemm?

—Kaylin Cross, en la oficina de administración —contestó Corvina.

Después de enviar su carta de interés, la mujer le había dado instrucciones sobre cómo llegar allí y todo lo que tenía que llevar. Corvina sabía que compartiría su habitación con otra chica de su clase, que le entregarían todos sus libros al final de la semana y que era un nuevo comienzo en un lugar donde nadie sabía nada ni de ella ni de su pasado. Era la oportunidad de mejorar su vida, tal vez incluso de hacer una buena amiga, y quizá, si el universo era amable, incluso de conocer a un chico, como sucedía en las novelas.

El guardia bigotudo asintió, sacándola de sus cavilaciones, y levantó una mano hacia alguien que se encontraba en el interior de la caseta de vigilancia. Las gigantescas puertas se abrieron lentamente, haciendo un ruido como el de un monstruo gruñendo al despertar.

—Bienvenida a Veremore, señorita Clemm —le dijo antes de mirar al conductor—. Cinco minutos, Larry.

—Entendido, Oak. —El conductor asintió antes de volver a arrancar el coche.

Corvina miró las altas puertas de hierro forjado al pasar y entró oficialmente en el recinto universitario. El cosquilleo en su vientre aumentó cuando sacó la cabeza por la ventanilla para levantar la mirada y por fin vio el castillo encaramado en lo alto de la montaña. Cuanto más se acercaban, más grande se hacía. Llamarlo castillo era quedarse corto. Era una monstruosidad, una monstruosidad espectacular y asombrosamente construida.

El vehículo se detuvo ante unas altas puertas de madera y Larry bajó de un salto del coche para ayudarla a bajar su equipaje. Corvina cogió su bolso, se apresuró a salir también y sacó algo de dinero en efectivo para el amable hombre mientras este dejaba su maleta y su equipaje de mano en la entrada empedrada.

—Hasta aquí puedo llegar, señorita —le dijo Larry, guardándose en el bolsillo el dinero que la joven le entregó.

—Gracias.

Él le dedicó una pequeña sonrisa, volvió a subirse al coche rápidamente y dio marcha atrás. Corvina observó cómo se apresuraba a irse y desaparecía por la curva que lo llevaría al portón principal.

—Se piensan que nos los vamos a comer o algo así. —Una irónica voz femenina detrás de ella hizo que Corvina se girara. Una atractiva chica de ojos verdes con el cabello blanco supercorto sonreía con una maleta de color rosa fucsia a su lado—. Joder, tía, qué ojos tan raros tienes. —Silbó, atrayendo la mirada de Corvina hacia el *piercing* metálico que le atravesaba la ceja—. Y no lo digo con mala intención. Perdona. Hola, soy Jade.

A Corvina le cayó bien de inmediato.

—Corvina —se presentó, con una voz ronca que contrastaba con el tono femenino de Jade.

—Bonito nombre. ¿Primer año? —le preguntó, dejándose caer sobre su maleta, con unos *shorts* vaqueros que dejaban al descubierto sus cortas y pálidas piernas.

Corvina se preguntó si no tendría frío.

—Sí. ¿Tú? —dijo, jugueteando con la pulsera que nunca se quitaba.

Sabía lo que la otra chica estaba viendo. Una chica bajita y delgada de ascendencia dudosa, ojos rasgados de color violeta, piel bronceada, a pesar de que ya no pasaba mucho tiempo al sol, con un aro en la nariz, el pelo largo y oscuro recogido en una trenza que le llegaba a la cintura y vestida con unos pantalones negros holgados y un jersey fino de color morado.

Jade se rio por lo bajo.

—Posiblemente. El año pasado estaba en primero y me escapé, pero entré en razón y he vuelto. Creo que probablemente tendré que repetir curso. Estos tíos no tienen muchas normas, ¿pero las que tienen? Decir que son estrictos se queda corto.

Corvina notó que sonreía ligeramente. La chica hablaba más en un minuto que ella durante todo un año.

—Este castillo es una locura. Creo que nunca me acostumbraré a él. Deberías verlo por dentro, es incluso más grande de lo que parece desde aquí. No hablas mucho, ¿verdad? —quiso saber Jade, mirándola de reojo.

Corvina negó con la cabeza, disfrutando de la charla de la otra chica definitivamente más joven que ella. Dudaba que pudiera decir algo.

—Genial. —Jade asintió—. ¿Quieres ser mi compañera de habitación? Soy un poco cotilla, pero sobre todo soy simpática. Y puedo ponerte al día de todos los cotilleos de aquí.

Dios, esa chica era increíble. Corvina nunca había conocido a nadie que la tratara con tanta... *normalidad*. Sonrió.

—Creo que me gustaría.

—Joder, tienes una sonrisa de infarto, Corvina. —Jade le devolvió la sonrisa—. ¿Puedo llamarte Cor? No te importa, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros. No sabía cómo se sentía al respecto. Siempre había sido Corvina para los demás. Pero ese era un nuevo capítulo. Tal vez podría ser otra persona, alguien más despreocupada, alguien más atrevida.

—No me importa.

En ese momento se abrieron las puertas y salió una mujer pelirroja, casi de la edad de su madre, con un bonito vestido formal de color *beige*.

—¡Ah, Jade! —saludó a su nueva amiga—. Genial, estás aquí. Corvina —se giró al mismo tiempo—, soy Kaylin Cross. —Se acercó a ella con la mano extendida. Corvina se la estrechó y sintió un desagradable cosquilleo en la palma ante el contacto. Kaylin retiró la suya y continuó sin parar—. Por favor, llámame Kaylin. Soy la especialista en reclutamiento aquí en Verenmore. También soy tu persona de contacto a partir de ahora. Si tienes algún problema, mi despacho está en el ala de administración... —Señaló el enorme edificio del que acababa de salir—. Puedes encontrarme allí de nueve a tres todos los días. Jade —miró severamente a la otra chica—, no te escapes esta vez. Vosotras dos compartiréis habitación. Coge tu equipaje. Hablemos mientras caminamos.

Kaylin era rápida. Sus raudas palabras y sus acelerados pasos apenas le dejaron tiempo a Corvina para agarrar el asa de su maleta. Vio que Jade hacía lo mismo y siguieron a la mujer mayor a través del campus. La chica tenía razón. Era inmenso.

Entre las distintas alas del castillo había pequeños jardines bien cuidados por los que la gente deambulaba. Corvina observó que las diferentes torres estaban decoradas con altas torretas. Los muros de piedra estaban salpicados de ventanas arqueadas y enredaderas con algunas rosas en la parte inferior, y en lo alto sobresalían gárgolas que ocultaban los canalones de agua en un grotesco despliegue. La parte superior de cada torre estaba recubierta de algún tipo de piedra de color azul intenso que contrastaba con el marrón claro del resto de los edificios.

Era *impresionante*.

Corvina no había visto nada igual en toda su vida. Los libros que había leído en los que aparecían castillos solían ser romances históricos sin imágenes. Solo se había hecho una idea de cómo serían, y esa realidad superaba con creces su imaginación.

—Somos una universidad bastante pequeña —empezó Kaylin, guiándolas por el lateral hacia la derecha mientras Jade y Corvina arrastraban su equipaje tras ellas por el camino empedrado, provocando que las ruedas hicieran un fuerte ruido al pasar.

Un grupo de chicos sentados en los escalones de la torre situada a su izquierda aparecieron a la vista. Estos detuvieron su conversación cuando sus ojos repararon en ellas.

Corvina notó que se ruborizaba al sentir todas las miradas masculinas sobre ella.

Le invadió una timidez natural.

Nunca se había relacionado con hombres —a no ser que contara a los médicos—, aunque le encantaba leer sobre ellos. Hacía años que había empezado a sacar a escondidas libros románticos de la biblioteca para leerlos por la noche después de que su madre se fuera a la cama. Su madre, incluso despierta, apenas había hablado con Corvina de otra cosa que no fuera sobre su educación. Los libros se habían convertido en su refugio, especialmente aquellos con hombres, ya fueran humanos, metamorfos o extraterrestres, que se enamoraban perdidamente y reclamaban a sus mujeres en cuerpo y alma. Esos eran sus favoritos.

Corvina quería eso. Quería sentir que era correspondida, amada y absolutamente adorada, pasara lo que pasara, a pesar de su pasado. Lo ansiaba tanto que algunos días creía que se iba a morir. Sentía un dolor desgarrador en su interior. Lo deseaba con todo su corazón. Pero sabía que los libros que leía eran ficticios y las posibilidades de que ella, de entre todas las personas, encontrara algo remotamente parecido eran escasas.

Sin embargo, apretó los labios, dejó de pensar en ello y esbozó una especie de sonrisa a los chicos que las miraban.

Nuevos comienzos, nueva Corvina.

—Verenmore tiene unos dos mil estudiantes, más o menos —les informó Kaylin, volviendo a llamar su atención, con una voz que le decía a Corvina que ya había dado ese mismo discurso innumerables veces—. Hace más de ciento cincuenta años que existimos. La universidad se creó para formar y llevar a lo más alto a estudiantes brillantes que, de otro modo, no podrían permitirse una educación universitaria convencional por muchas razones. Todos nuestros alumnos proceden de circunstancias peculiares. Financiamos la mayor parte posible. Por suerte, el Consejo cuenta con algunos de los miembros más influyentes de la sociedad, así que afortunadamente nuestra subvención siempre ha estado cubierta. Algunos son antiguos alumnos; otros optan por aportar su retribución convirtiéndose en profesores. No somos la élite, pero sí muy exclusivos. Ahora formas parte de esa exclusividad.

Mientras Kaylin hablaba, Corvina había contado que habían pasado por delante de cuatro torres altas. Se detuvieron en la quinta, una que estaba al fondo, y la mujer se volvió hacia ellas.

—Como Jade ya conoce la habitación, dejaré que sea ella quien te guíe. Hay un paquete de bienvenida para ti con un mapa, tu horario y los profesores que tendrás este semestre. Si necesitas cualquier otra cosa, por favor, ven a verme. Bienvenida a Verenmore. —Una vez dicho esto, se dio la vuelta y se marchó en la dirección por la que habían venido.

—Tienes buen aspecto, Jade —dijo un chico rubio de ojos azules que estaba sentado con el grupo en las escaleras de la otra torre—. No creía que te volvería a ver por aquí después de cómo huiste.

Corvina vio que Jade apretaba los dientes y le mostraba al chico el dedo corazón, cuya uña estaba pintada de un brillante esmalte de color rosa.

—Gilipollas —murmuró Jade—. Vámonos, ¿vale?

Corvina asintió. No sabía por qué esa chica había huido, pero hasta el momento había sido amable con ella y se había convertido en su primera amiga. No le gustaba la idea de que se sintiera incómoda.

—¡Hey, Violeta! —gritó el mismo chico justo cuando Corvina dio un paso adelante, obviamente refiriéndose a sus ojos o a su jersey. Se detuvo en el umbral, preguntándose si debía girarse, sobre todo porque no había nada que fuera remotamente parecido al color violeta a su alrededor.

Probablemente no sea buena idea ignorar a la gente el primer día, Corvina.

Suspiró y giró la cabeza para ver cómo el chico le dedicaba una sonrisa burlona.

—Ten cuidado con esa. —Señaló a Jade.

Corvina enarcó las cejas, claramente se había perdido la historia que había ocurrido entre los dos. Hizo ademán de avanzar justo cuando el chico habló de nuevo. Sus palabras cortaron el aire e hicieron que se detuviera.

—Su última compañera de habitación se tiró desde el tejado de esa torre. Así que ándate con ojo con ella.